

El cuaderno encantado

Daniel Prior Gijón

A mi abuelo

Andrés, por tener

fe en mí.

.1

Guille siempre había pensado que las historias eran como árboles. Todo empezaba por una semilla, que con tierra, agua y sol, llegaría a convertirse en uno de estos seres vivos ya desarrollado, aunque éste siempre quedaría atrapado en el reino de la fantasía.

Cuando esa mañana había ido con su madre al mercadillo de los jueves de su pueblo de Granada a comprarse algo de ropa, nunca hubiera adivinado lo que iba a ocurrir.

Mientras su madre regateaba hábilmente al tendero, Guille se distrajo, y de entre la gente que recorría el mercadillo por la calle arriba, una gitana anciana le hizo gestos para que se acercase.

A sus diez años, había sido educado en la sana desconfianza hacia los desconocidos, claro que también le habían dejado caer que en un pueblo pequeño como el suyo todo el mundo era más de fiar.

Cuando se quiso dar cuenta ya estaba cara a cara con la gitana.

—Tengo algo para ti, Guille.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Entre nosotros nos conocemos todos, ¿no crees? —respondió ella con una extraña sonrisa.

Guille estaba descolocado.

—Tengo algo para ti. Un regalo muy especial. —La anciana le mostró un libro con pinta de antiguo, bastante grande y que también parecía caro.

—No puedo comprar eso, señora.

—No seas tonto, no vale dinero, no. Es tuyo siempre y cuando prometas usarlo cada día. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La anciana le entregó el libro y el niño tardó medio minuto en comprobar que hasta la última página estaba en blanco.

Cuando levantó la cabeza ella ya se había ido.

Metió el cuaderno de tapa morada muy oscura en su mochila estampada de esos muñecos salidos de los videojuegos de *Yo-Kai*. Su madre volvió a por él y le dijo que no se distrajera tanto, que habían venido a por un juguete para él.

.Guille dio por hecho que lo que le extrañaba a su madre era que en ningún puesto cercano a donde estaban vendían nada parecido a un juguete.

—De todas formas creo que al final no voy a querer nada. Creo que me voy a centrar en pasarme los juegos que ya tengo.

—Cómo sois los niños, no sabéis jugar con nada que no funcione con electricidad, ¿eh?

—dijo su madre mostrando un afecto desmedido.

Después de pasar una media hora ojeando el mercadillo, ambos tomaron café y *colacao*, respectivamente, en un bar cercano y pusieron rumbo a volver a la casa de sus abuelos maternos.

Según la madre abría la puerta se oyó al padre soltar un grito:

—Con que no se lo explica. A ver qué le parece esto. Ocho especialistas. ¡Ocho! Los mejores de la región y ellos tampoco se lo explican. ¡Qué hacemos?

—¡Estamos aquí! Dijo la madre casi chillando para que su marido se callara.

Guille como siempre hizo como que no se enteraba de nada y pasó al comedor a saludar a su padre y a sus abuelos.

Después se fue a su habitación, sacó el libro de la mochila, lo observó como si fuera un jeroglífico y decidió guardarlo en un cajón.

Se propuso utilizarlo en algún momento del día. Al fin y al cabo lo había prometido. Aunque ese tema sí lo desconocía sinceramente.

Después de comer, se retiró a su cuarto a echarse la siesta. Puso su gorra de *New York* sobre la mesilla de noche y se echó sobre la cama sin arroparse.

No dejaba de darle vueltas al asunto. Por más que lo intentaba, no podía ignorar que algo estaba sucediendo.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba sentado al borde de la cama y sacó el cuaderno del cajón de la mesilla. Volvió a observarlo y a ver cómo todas las páginas estaban en blanco. Se volvió a poner su gorra.

Encendió la luz. Recordó que en el bolsillo de su pantalón tenía un boli bic negro, los cuales le gustaban más quizá porque en el colegio sólo le dejaban escribir en azul. Lo cogió y juntó la mesita a la cama para poder escribir en el cuaderno.

Empezó: “Siempre he tenido mucho dinero...”

Su cuarto había multiplicado varias veces su tamaño. La cama también era mucho más grande. Había armarios, mesas y todo tipo de muebles de maderas que parecían de lujo alrededor. No entendía nada.

.Se fijó en él. Llevaba exactamente la misma ropa, excepto por una bandolera color crema. Miró dentro y allí se hallaban su cuaderno y el bolígrafo.

Por la ventana se veía un jardín exótico y esmeradamente cuidado. Lo estuvo contemplando unos momentos y al fin se decidió a salir por la puerta.

Se encontró en un pasillo muy amplio. Observó otra ventana a un extremo, así

que se encaminó al opuesto para poder seguir avanzando. Las paredes eran blancas, muy brillantes y limpias. Los techos eran bóvedas granates.

Empezó a bajar unas escaleras de caracol y, al llegar abajo, una mujer joven le estaba esperando. Era rubia y aparentaba unos veinte años. Llevaba puesto un vestido negro con estampado de flores azules y verdes.

—Príncipe Guillermo —empezó a decir—, espero que al menos haya meditado mi propuesta. Si sus súbditos seguimos sin comida podría empezar una revuelta, pero sé que eso no es lo más importante para usted, no. Sé que usted es noble, humano. Al contrario que su padre, usted...

—¿Mi padre?

—Sí, el Rey Herald. Él sigue moviendo los hilos, ¿verdad? Usted está al mando, aunque sea de palabra, tiene la capacidad de dar la orden. Como yo hay muchos. Muchas. Madres a las que se les están muriendo sus hijos, ¿lo entiende? —Cayó sobre sus rodillas y se llevó las manos a los ojos. —Yo no...

—Está bien, daré la orden —contestó Guille sin referirse a ella por su nombre, ya que, por el más extraño de los motivos, supuso que lo raro sería preguntarlo cuando era evidente que ya debería saberlo— Ningún niño debe morir de hambre bajo mi mandato.

Ella, aún arrodillada, le abrazó, se puso en pie, se recompuso y se

retiró. Un hombre que había oído la conversación se acercó a

Guille:

—Majestad. Eso ha sido muy generoso de su parte. Si me permite una sugerencia, hace tiempo que los sirvientes necesitamos un aumento de salario, no nos llega para todo.

—Bueno, supongo que...

—Y, antes de que conteste, recuerde también que se sabe que nueve de cada diez aposentos del Palacio están vacíos, creo que podríamos...

—¡Qué narices está pasando aquí! —tronó una voz ronca y colérica.

Era el Rey. Apartó a aquel hombre de un empujón y se puso delante de Guille.

—Hijo mío, cada vez me decepcionas más. Primero pides a los sastres que te hagan esas vestimentas tan espantosas y ahora por poco regalas el Reino.

.»Esto se acaba aquí. Vas a aprender a gobernar como lo hice yo. Pasando quince años en la escuela militar. ¡Y créeme que no te tratarán como si ya fueras

alguien! Ahora, ¡largo!

Guille no terminaba de entender todo esto, pero tenía claro que no le apetecía pasar más años de los que ya tenía en una escuela militar. Se le ocurrió una idea. Fue a la bandolera, cogió el cuaderno y el boli y escribió:

...Vuelvo a casa de los abuelos”.

—Vaya siesta te has echado campeón —dijo su abuela a la puerta de su cuarto. Anda y tira que ya es casi la hora de cenar.

—Un segundo, yaya. Ahora voy.

Estaba aturdido. Su gorra seguía sobre la mesilla. Tras una pausa producto del susto, fue hacia el cajón. Abrió el cuaderno y el corazón casi le da tres vueltas al ver con sus propios ojos que la historia que había vivido estaba escrita allí palabra por palabra, de su puño y letra y en primera persona.

Cenó con la familia disimulando como pudo lo desconcertado que estaba. Sólo tenía un objeto para meditar, que era el siguiente: utilizar ese cuaderno, cuya naturaleza y alcance desconocía, para lograr un bien mayor y necesario; o no utilizarlo y jugársela de una forma bien distinta.

.2

Esa mañana se levantó de un salto. Fue al baño y luego a la cocina a desayunar un colacao con bollos.

Se metió en su cuarto, volvió a acercar la mesilla y se dispuso a escribir las palabras que había meditado hasta bien entrada la madrugada.

Abrió el cuaderno, y en la primera página en blanco, escribió las siguientes palabras:

“Hablo con alguien que pueda ayudarme...”

Se encontró en un claro en un bosque inmenso. De nuevo iba vestido con la misma ropa y llevaba la bandolera. Sabía que era inmenso porque los árboles más cercanos estaban a kilómetros y se veían más o menos igual que cuando están en un monte lejano. Había césped de un verde intenso y en el medio...

Qué palabras ponerle a aquello. Era como un árbol, sólo que tenía el diámetro de la calle donde él y sus padres vivían en Sevilla y era tan alto que, al menos desde su perspectiva, no tenía tope. Aun así arriba del todo se apreciaban numerosísimas ramas que proyectaban sombra en cientos de metros a la redonda.

—¿Dónde están mis modales? Me llamo Aira. —Era una voz femenina. Aguda, fuerte y firme.

Guille ya sabía qué iba a decir, pero se tomó el tiempo necesario para apreciar todo lo que estaba pasando. Ese árbol. Aira. Le estaba hablando. Ese ser tan mayúsculo e imponente, pero que al oírle de alguna forma estaba a su nivel.

—¿Eres tú quién puede ayudarme?

—Verás Guille, no estás pidiendo peras precisamente. Lo bueno de todo esto es que yo tampoco soy un olmo.

De alguna forma él se figuró que ella estaba sonriendo.

—¿Y qué eres?

—Técnicamente soy una secuoya, pero eso ahora no tiene importancia.

»¿De verdad crees que estás listo, Guille? Tienes que entender que aquí yo no tengo parte ni partido, pero si de verdad estás dispuesto, te daré otra oportunidad. De jugártela de forma distinta. Ni más, ni menos.

—Acepto.

—Bien entonces.

.Hacia Aira, había una especie de monte que llegaba a ella producto de sus raíces. Por la hierba que había encima de este monte, se abrió un camino de tierra.

Guille lo siguió de frente hacia ella. Tras un buen rato de subida, por el cual quedó exhausto, vio que en su corteza se había abierto un portal. Por intentar definirlo, era transparente y de alguna manera a la vez gozaba de una extraña opacidad.

Lo atravesó.

Cayó contra el suelo. Contra un suelo de hierbas pero que de alguna forma era totalmente liso. La luz le cegaba. Aun así miró al cielo. Había una Estrella Azul, que se apreciaba unas cuatro veces más grande que el sol, y el cielo era blanco. No había nubes.

Por los bordes de ese suelo, crecían, cual planas, unas estructuras de piedra en las cuales se podían apreciar claramente ramas, hojas, flores y frutos.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta es de que la Estrella le hacía proyectar dos sombras, una más oscura de lo esperable y la otra más pálida.

Guille pensó que ya había llegado demasiado lejos para no jugar sus cartas. Al fin y al cabo, tenía un cuaderno mágico que le convertía en realidad sus fantasías. ¿Qué tenía que temer?

Y usó el cuaderno para cambiarse a sí mismo.

En primer lugar, deseó tener una media melena castaña. En segundo, el cuerpo de un hombre en sus veintes. Deseó ser fuerte físicamente. Deseó ropa nueva: botas, vaqueros negros, una camiseta que había visto en una tienda y una chaqueta de cuero negra. Deseó un arma, sí, una espada con su funda y todo y...

Se levantó viento, cada vez más intenso, cada vez más agudo, le cortaba el oído derecho. Cuando creía que no lo podía aguantar vio como sus dos sombras se fundían en una de una tonalidad intermedia, y ésta se desprendió de él y se le enfrentó.

Se puso cara a cara con él, le infligía un terrible miedo. Guille entendió la relación y se defendió con la espada. Pero a la sombra no le afectaba. Simplemente la atravesaba, como un golpe esquivado. ¿Entonces qué? ¿Qué podía hacer? La sombra se estaba metiendo en su corazón, le aterraba. Cada vez la blandía con más furia, hasta que por fin lo hizo con auténtica ira. Entonces, la espada cayó al suelo.

Antes de que le diera tiempo a darse por vencido, observó con alivio como la espada reflejaba un haz de luz dorada producto de la Estrella Azul. En cuanto supo el punto débil de su oponente, Guille recogió la espada y se dedicó a matar a su sombra son el reflejo.

Cuando no quedaba nada de ella, la sombra volvió a ser suya. Ahora proyectaba una única sombra.

.Guille ya se repuso del susto y se decidió a volver a utilizar el cuaderno. No tenía forma de saber cómo de extenso era el terreno en el que se encontraba, así que pensó que necesitaba un vehículo. Pidió una moto.

—¿Ves alguna gasolinera por aquí? —La voz de Aira sonó como una auténtica colleja.

Él seguía pensando que necesitaba moverse más rápido que a pie, así que volvió a sacar el cuaderno y esta vez apareció un caballo.

Era negro azabache de los pies a la cabeza, con la crin del mismo color y los ojos rojos como rubíes. Él sí que proyectaba dos sombras.

—Te llamas Jacob —le dijo Guille. Y se montó en él.

Avanzó en el camino.

.3

Guille al fin se encontró con una bifurcación en el sendero.

El camino de la izquierda, era de piedra y tierra, flanqueado por plantas, especialmente rosas amarillas. El de su derecha, seguía siendo aquel sinsentido de suelo de plantas y plantas de roca a los lados.

Bajó de Jacob. Esperaba una señal, la que fuera. Algún modo de saber.

Estaba más que tentado a tener algo parecido a lo que ya conocía, pero dio por hecho que no podía ser tan fácil.

Llevó la vista al cielo. La Estrella Azul se veía más allá del camino de la derecha. Entonces lo supo. Necesitaba una guía y esa era la mejor que podría encontrar.

Volvió a subir a Jacob y cogió el de la derecha siguiendo su Estrella. Cuando ya había entrado, comprobó como el viento le empujaba fuertemente la espalda, casi impulsándole.

Avanzando un poco en el camino, se dio cuenta de que tenía mucha hambre, así que volvió a bajar de Jacob y usó el cuaderno para conseguir comida.

No pasó nada. Guille se asustó por si el cuaderno había dejado de funcionar cuando Jacob se arrimó al borde de camino y se metió en la boca una de las rocas, de las que tenían forma de fruta.

—¿En serio? —dijo

Guille. No hubo

respuesta alguna.

No podía seguir ignorando a sus tripas ni el hecho de que lo único parecido a algo comestible que había por allí eran esas frutas rocosas.

Se fue junto a su caballo, cogió una y, cerrando los ojos, se la llevó a la boca. Sabía a una mezcla de tierra mojada y nada en absoluto, pero de algún modo supo que esto le iba a salvar la vida.

Efectivamente se le quitó el hambre y se le renovaron las fuerzas, aunque no le

terminaba de hacer gracia lo que acababa de pasar.

Volvió a subir a Jacob y a seguir avanzando. Vio un cartel en el lado derecho. O bien estaba en un idioma del que no había oído ni hablar o bien era un jeroglífico indescifrable.

Guille usó el cuaderno para entenderlo.

Leyó: "CONDADO DE SECUOYA"

"Próximamente: Pueblo Rojo".

.4

Montado en Jacob, Guille entró en el Pueblo Rojo.

Era un pueblo mediano, muy parecido al de sus abuelos en Granada. El suelo seguía siendo de plantas, pero era como si lo cubriese un cristal translúcido de un rojo intenso.

Se acercó a la primera calle con casas. Una comitiva de sus habitantes salió a su encuentro.

Tenían forma humana, eran rojos y vestían ropas como pantalones, camisetas y alguna camisa, en función de su género y edad.

—Es él —murmuraban primero uno y después los otros—. Es el Señor de Una Sombra.

—¡Viva! —Exclamó un hombre de mediana edad con pantalones de pana y una camisa azul.

—¡VIVA! —Gritaron todos al unísono. Se arrimaban a Guille, le rodeaban.

—Alguien debe explicarle la situación —empezó el mismo hombre—. Dejad que lo hagamos mi familia y yo.

Ese hombre, su mujer y el que parecía ser su hijo se encaminaron a una de las casas.

Tras dejar a Jacob en la puerta y entrar, le invitaron a sentarse al calor de una

lumbre de fuego azul.

—Ten —dijo la mujer ofreciéndole a Guille una de esas frutas rocosas del Condado.

ellos.

Guille la aceptó y la puso sobre la mesa. Ella sonrió y después sacó otras tres para

Había aceptado por educación. La verdad es que le estaba empezando a coger tirria a .tener que alimentarse a base de esas cosas, pero no era menos cierto que debía alimentarse a toda costa.

—Esperábamos tu llegada —dijo el padre.

—¿Cómo? —preguntó Guille.

—Eso ahora es lo de menos. Escucha porque esto te interesa. Somos un pueblo humilde. Minero. Hemos convivido pacíficamente y trabajado todo lo que se nos requería.

»Pero eso cambió hace algún tiempo. Algunos de los obreros, o al menos lo eran tanto como nosotros antes de todo esto, están haciendo peligrar seriamente la convivencia.

.—Esos gandules —dijo la madre.

—No te pongas así, recuerda que nosotros somos de los que creemos que ellos no son los responsables.

Guille le dio otro bocado a su fruta. La miró con mala cara y entonces el hijo de ellos comió un poco de la suya y le sonrió.

—El caso, Señor de Una Sombra, es que estos antiguos mineros de una forma u otra se han hecho inmortales, dejándonos con muchos menos operarios disponibles. Y lo peor de todo, es que no conforme con ello se dedican a vaciar la mina. Y sin su hierro pereceremos todos.

—No entiendo qué se supone que debería hacer —dijo Guille preocupado.

—Eres el Señor de Una Sombra. Todos te conocemos. Te respetamos. Existe la posibilidad, por minúscula que sea, de que ellos también lo hagan. Y debemos aprovecharla.

—Muy bien. ¿Dónde están?

—En un local junto a la mina, te guiaré.

Recorrieron el pueblo, el minero a pie y Guille sobre Jacob, hacia lo alto de la pendiente, donde se hallaba la mina. Por el camino, todo el mundo les miraba y de vez en cuando alguien murmuraba ‘Señor de Una Sombra’.

Al fin llegaron al local.

—Debes entrar solo —dijo el minero—. A mí no me harán el menor caso, y lo peor de todo es que si entro contigo podría perjudicar a nuestros intereses.

Guille entró.

Era un espacio mucho más amplio que el resto de las casas. Allí, muchos antiguos mineros se dedicaban a hablar a voces mientras una música estridente sonaba de fondo.

Poco a poco fueron fijando la mirada en él y callando al mismo tiempo. La música acabó por pararse.

—Pero si es el Señor de Una Sombra —dijo uno de ellos, a lo que siguieron algunas risas.

—Ya veo que me conocéis. Me han dicho que estáis perjudicando al pueblo entero.

—Eso no es verdad —dijo otro hombre con voz ruda.

—Ah, ¿no? ¿Y lo de dejar al pueblo sin habitantes? ¿Y lo de vaciar la mina?

—Te lo voy a explicar para que lo entiendas —dijo una mujer alta y delgada. Somos inmortales. ¿Entiendes lo que eso significa? ¿Quieres ser tú también inmortal?

—Eso nunca.

—¡Pues lárgate! —dijo una voz al fondo.

—Sigue siendo el Señor de Una Sombra. No le trates así —retomó la mujer. Hubo murmullos y después silencio.

—Sólo hay una cosa que no entiendo. Si de verdad sois inmortales, ¿Qué necesidad tenéis de explotar la mina? ¿No están todas vuestras necesidades cubiertas?

—Lo votaremos. ¿Quién de los presentes quiere, dejar la mina en paz a cambio de seguir siendo inmortales?

Una amplia mayoría levantó la mano.

—Has tenido suerte. Ahora, vete.

Guille salió por la puerta del local y el minero le recibió.

—¿Y bien? —preguntó.

—Dejarán la mina.

—Me alegro muchísimo, pero esto no acaba aquí. Hay un camino en la salida del pueblo. Debes dirigirte allí.

Guille salió del pueblo montado sobre su caballo. Se dio cuenta de que no tenía más que seguir la Estrella Azul.

.5

Tras salir del Pueblo Rojo y avanzar un poco más en el camino, Guille se encontró con otra bifurcación.

Esta vez, a su izquierda quedaban rosas blancas a los lados de un camino pedregoso.

La Estrella le seguía indicando que avanzase por el de la

derecha. Se encaminó hacia el sobre Jacob y empezó

a recorrerlo.

De nuevo, volvió a esperar a que el hambre fuera insostenible para bajarse de su caballo y decidirse a comer alguna de esas frutas arenosas, a las que ya les había cogido auténtico asco.

Como el anterior, este camino era llano y monótono, sin embargo al cabo reparó en que había algo de distinto en este con respecto del otro: era más largo, mucho más.

De nuevo volvió a entrarle hambre y, de mala gana él y Jacob volvieron a alimentarse.

Guille esperaba que esta hubiera sido la última vez, pero tuvo que repetir la operación en otras dos ocasiones.

Casi temblando ante la idea de que eso tuviera que repetirse, vio un cartel en el margen derecho del sendero:

“CONDADO DE SECUOYA”

“Entrando en: Poblado Incompleto”

.6

Guille al fin divisó el poblado. Era un compendio de chozas cilíndricas con techo en

A medida que se adentraba, se iba formando una capa translúcida negra sobre el suelo .de plantas.

Se bajó de Jacob. Llamó a la primera choza y, al no obtener respuesta, se decidió a entrar.

Dentro había un hombre. O algo parecido. Era de un gris oscuro y le faltaban la cabeza y el brazo izquierdo.

—Hola —se limitó a decir Guille.

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra.

—¿Me puedes ayudar?

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra.

—No sé qué debo hacer aquí.

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra —volvió a replicar.

Guille al fin entendió que no iba a obtener más información allí, así que salió, recogió a Jacob y se dirigió a la siguiente cabaña.

Esta vez entró sin llamar. En el interior, había una mujer a la que le faltaban los dos brazos.

—Los inmortales destruyen nuestros hogares —dijo ella.

—¿Qué debería hacer?

—Los inmortales destruyen nuestros hogares.

Cuando ya no le cupo la menor duda de cómo funcionaba aquello, repitió la operación y se dirigió a la tercera cabaña.

Allí le esperaba un hombre sin cabeza ni brazo derecho.

—Convirtieron a mi hijo en inmortal.

Sin esperar más de ese sitio, se fue al siguiente.

—Los inmortales quieren que todos sean como ellos.

.Guille cambió de calle y entró en la primera casa.

—El líder de los inmortales se llama Pedro.

Pedro.

Ya tenía suficiente información, pero aún debía saber dónde podría encontrar al tal

*En la siguiente casa se dio cuenta de que la información empezaba a repetirse.
.Recorrió varias casas más sin que le dijeran nada nuevo.*

Por primera vez, probó a usar la Estrella Azul como brújula física. Entonces vio que esta le marcaba una calle hacia el final del poblado.

*Intuyó que lo que buscaba se hallaría en la última casa, así que se dirigió directamente
.a ella.*

Llamó a la puerta.

—Pasa —respondió la voz de un hombre.

Guille entró. El hombre que le había permitido el paso también era de un gris

oscuro, pero era considerablemente más grande y, además, no sólo tenía sus cuatro extremidades sino que tenía dos cabezas idénticas.

—Eres Pedro, ¿verdad?

—Así es —sólo hablaba una de las dos cabezas.

—Así que sois los inmortales. ¿Por qué hacéis esto?

—Veo que no entiendes nada de nada. ¿Es que acaso el mayor miedo de cualquiera no es morir? ¿Acaso tú no aceptarías si yo te ofreciera ser inmortal? Piénsalo, Señor de Una Sombra, la inmortalidad, ¿no es preciosa?

—Eso nunca.

—Pero piénsalo. Las gentes de este poblado no se enteran de nada. A mí la inmortalidad me ha permitido estar completo al fin. Sí, completo. Y ahora me dedico a que otros también lo estén, cada vez somos más, pronto caerá el poblado.

—Si de verdad estáis tan completos... —dijo Guille—, ¿Qué necesidad tenéis de convencer a nadie? ¿Es que acaso no os bastáis ya solos como estáis?

Una cabeza hizo un gesto de meditación, la otra dijo

—Está bien. Nos quedaremos como estamos y los que estamos. Eso sí, no esperes que te ayude a dirigirte a tu próximo destino, al fin y al cabo, para eso estoy completo.

Y sonrió, Guille le dio la mano con un tono aparentemente serio pero riéndose hacia dentro.

.Cuando salió por la puerta, volvió a montar en Jacob y echó un vistazo hacia su Estrella.

.7

Salió del poblado y se dirigió hacia una nueva bifurcación. Esta vez, las rosas de la izquierda eran rojas. La Estrella Azul, como siempre, marcaba el camino de la derecha.

Guille ordenó a Jacob entrar en este último, no sin antes preocuparse por no poder saber a qué se enfrentaría. Las frutas arenosas eran su único sustento, pero ya

detestaba tener que alimentarse de ellas.

Volvió a esperar a no poder soportar el hambre para hacer el primer alto en el camino. Después de esto siguió su periplo y tuvo que hacer el segundo.

Algo le decía que este sendero iba a ser más largo, y esto, junto al hecho de no saber tampoco cuántos quedarían, le infligió miedo.

Miró su bandolera y comprobó que el cuaderno morado oscuro seguía allí junto a su boli. Aun así, lo que sí sabía perfectamente es que no podía usarlo para conseguir comida.

Esto le hizo sentir enfado.

Tuvieron que hacer otras tres paradas. Durante la tercera, Guille casi llora al volver a comer esas frutas de barro mezclado con la nada, pero las necesitaba para nutrirse y mantenerse fuerte.

Por fin, como esperaba, vio un

cartel: “CONDADO DE

SECUOYA”

“Ciudad de los Guerreros”

“Advertencia: Si no eres bienvenido serás destruido”

.8

Guille vio a lo lejos algo que no esperaba encontrar en el condado: una ciudad. Una auténtica ciudad, tal vez más grande incluso que su Sevilla natal.

Mientras entraba a lomos de Jacob, vio que al suelo le empezaba a recubrir una capa blanquecina, aunque que dejaba ver las plantas que lo conformaban.

Cuando quiso acercarse más, comprobó que todo era ruido. Explosiones, disparos y gritos. Jacob no se asustaba.

—Baja del caballo —ordenó una voz con autoridad. Era un hombre corpulento con la cara blanca vestido con un uniforme militar blanco con camuflaje grisáceo, del cual colgaban numerosas condecoraciones.

Guille obedeció.

—Hola Guille... Sí, sí, sé tu nombre real, yo coordino a los Guerreros y la ciudad, así que he de saber algunas cosas.

»Presta atención. Estás en grave peligro. No has venido aquí a hacer turismo. Un bando de ex-guerreros se ha sublevado contra el Gobierno. Están locos. Se creen que son inmortales, pero la realidad es que si el Gobierno cae vamos todos detrás como fichas de dominó.

—Yo podría... —empezó Guille, que fue cortado inmediatamente.

—Tú no puedes hacer nada. Estos no son Rojos o Incompletos. Sí, Guille no pongas esa cara, claro que lo sé, piénsalo, qué va después de qué. Como iba diciendo, estos tipos están completamente idos, van a destruirlo todo, y no van a respetarte ni mucho menos a razonar contigo.

Se hizo una breve pausa.

»Mi misión, es llevarte personalmente al otro lado de la ciudad, para que puedas atacar el castillo del Conde, que es quien ha empezado la guerra. ¿Lo entiendes?

Guille fue a subirse a Jacob, lo cual se quedó en un amago, ya que el general le dijo:

—El caballo se queda.

Guille no le había cogido cariño que se pudiese decir, pero sí le había ayudado a ir más rápido.

Aun así lo abandonó sin mirar atrás.

El general hizo algunos aspavientos en el aire y se formó una burbuja blanca translúcida que los envolvió a ambos.

.La burbuja se elevó unos metros en el aire, otorgándoles protección. Abajo, la imagen era terrible. Se trataba de una guerra abierta, no paraban de oírse explosiones, gemidos, de verse caer un edificio y otro y las calles estaban tomadas de tal forma que la escena era la de una batalla constante.

Tuvieron que recorrer la ciudad entera para que Guille cruzara a salvo al otro lado. La burbuja se posó para luego desaparecer y el general le dijo, señalando una colina:

—En lo alto se halla el castillo del Conde. Como te dije al principio, fue él quien inició todo esto, debes ir...Y sí, yo debo quedarme.

.9

Mientras salía de la Ciudad de los Guerreros, Guille se percató de que por primera vez no estaba en un sendero flanqueado sino en un escenario abierto. Aun así, las plantas que constituían en suelo seguían siendo inaccesibles y los árboles y arbustos que sí lo eran estaban hechos de piedra, produciendo esos alimentos a los que Guille a estas alturas les tenía auténtico odio.

Guille tardó más de lo que le hubiese gustado en acercarse siquiera al castillo, alimentándose de esas frutas y bayas.

Cuando por fin llegó vio que no tenía nada que hacer, las puertas eran altas y robustas, las paredes de piedra eran infranqueables, y todo esto estaba protegido por sublevados. Miró su espada y pudo oír nítidamente como alguien se golpeaba la cara con la palma de la mano.

Guille se escondió a una distancia prudencial e intentó usar el cuaderno para derribar el castillo, pero no pasó nada.

veía.

Se decepcionó. Entonces, notó cómo alguien le chistaba aún más atrás. No creía lo que

Era el niño de la familia de los mineros a los que ayudó. Según le explicó, el pueblo .había decidido que era necesario que el Señor de Una Sombra tuviera algún tipo de protección, y él se ofreció para seguirle y, llegado el momento, ofrecerle su ayuda.

Le contó que había otra manera de hacer las cosas y le guió para mostrárselo. Al otro lado del castillo, se podían ver sus cimientos.

Estos consistían en una vara de hierro, que estaba sujeta a una cadena cuyo extremo estaba a una distancia prudencial, de modo que en teoría podría tirar de ellas para destruir el castillo del Conde.

Guille intentó tirar de la cadena, con todas sus fuerzas, pero por mucho que se tensara la cadena la vara no se movía ni un ápice.

Usó el cuaderno para ser todo lo fuerte que se le permitiese ser y repitió la

operación.

De nuevo, no cedió ni un milímetro.

—Sólo caerá si eres honesto contigo —le dijo el otro niño.

—No entiendo.

—Sí lo haces. Sabes quién eres, ¿no? Pues dilo en voz alta.

—Soy el Señor de Una Sombra, ya lo sabes.

*—No, no digas eso, tienes que ser sincero. No hay otro modo.
.A Guille le cambió la cara.*

—Me llamo... Me llamo Guillermo Martínez Morales, y...

—¿Y?

Guille se decidió a soltarlo todo.

—Tengo diez años —Le cambió el cuerpo—, y hace, hace un año me dijeron que tengo una enfermedad llamada leucemia y... —Rompió a llorar. Perdió el pelo, y la ropa se transformó en uno de esos pijamas de hospital que tanto odiaba. Esto le hizo romperse. Cayó sobre sus rodillas contra el suelo.

»Y yo estoy haciendo todo lo que puedo, pero si no encuentran un donante para mí estoy muerto, ¿lo entiendes? Muerto. Y tengo mucho miedo y no sé qué es este sitio, por el amor de Dios, ¿dónde estoy? ¿Dónde... qué?

A mitad del llanto, una brizna de aire le distrajo. La vara de hierro temblaba fuertemente. Reaccionando con la rapidez y la furia propias de un rayo, Guille cargó la cadena sobre su hombro derecho y tiró con todas sus fuerzas.

Demolió el castillo desde sus cimientos.

—Enhorabuena —dijo el niño rojo—. Pero ahora has de enfrentarte al Conde. No te distraigas.

El niño se fue y Guille avanzó entre los escombros hasta ver un trono sobrio sobre el que estaba sentado quien debía ser el Conde. Era un hombre de unos treinta años, con el pelo moreno de punta y sin barba, delgado aunque parecía alto y fuerte.

—¿Tú eres el que ha empezado todo esto? —Le espetó Guille.

—Vaya modales, ¿no? Encantado de conocerte, Guille, yo soy el Conde Primero.

—No me vengas con esas, lideras a los inmortales. ¿Es que no te das cuenta, de que si cae el Condado, caigo yo y caemos todos?

—Perfectamente.

—¿Entonces?

—Es mi naturaleza, no le des muchas vueltas. (...)

»Tengo algo para ti —dijo el Conde mostrándole un mango. Era uno de verdad, el primer alimento como tal que Guille veía desde que entró en el cuaderno.

Guille lo cogió y le dio un bocado.

.—Gracias.

—¿Por qué? Eso no es lo que tengo para ti —dijo el Conde maliciosamente—. Antes has dicho que no sabes dónde estás, pues bien, estás en un condado, el Condado de Secuoya, ni más ni menos. Y el reino se llama Imaginación.

Guille le miró extrañado. Ya había devorado el mango mientras hablaba.

—¿Y ahora qué?

—Tienes la suerte de que mi naturaleza también me hace detestar el mentir. Como bien has dicho, lo que buscas no está en tus manos. Hay un río en los límites del Condado, el río Tiempo. Sólo allí hallarás respuesta.

»Sabes ir, ¿no? —El Conde miró burlonamente al cielo.

.10

No sabía cuánto tiempo. Guille no sabía cuánto tiempo había podido pasar desde que dejó el castillo del Conde.

No tenía a Jacob, así que debía moverse andando. Sabía que con toda probabilidad le sería inútil pedir otro medio de transporte.

Y otra vez el hambre. Era aún más agudo desde que volvió a su físico real. Otra

vez le tocaría alimentarse de tierra.

Cogió una de esas frutas al borde del camino y, tras dudar, la aplastó con los dedos hasta hacerle mella y la lanzó lejos.

—Esas tenemos, ¿ah? —dijo Aira algo enfadada.

—¡Sí! —Exclamó Guille, colérico.

Entonces, poco a poco, fueron desapareciendo todos los árboles y todas las frutas de roca. Guille se asustó muchísimo, pensó que se había metido en un buen lío.

Entonces, lo peor de todo. Se levantó una niebla algo espesa, y casi se dejó de ver la Estrella Azul, la cual Guille ya daba por hecho que guiaba hasta el límite del Condado y por tanto hasta su objetivo, el río Tiempo.

Aunque no tenía noción del tiempo como tal, Guille vio como pasaban muchas horas, tal vez días, de un hambre atroz, hasta que por fin la niebla empezó a disiparse.

El límite del Condado era la otra orilla del río, que consistía en una pared rocosa que bajaba hasta donde alcanzaba la vista.

El agua del río Tiempo no sólo era nítida, sino que era plenamente transparente, de modo que, cuando Guille se metió en el agua y miró de frente hacia abajo, vio lo que se ha de ver cuando miras algo invisible y que además es infinito, esto es, la nada.

Ya no se asustaba. No podía respirar, y no se asustaba. Lo que estaba viviendo iba en contra de toda lógica, y no se asustaba.

Entonces se vio sobre un suelo de

hierba. Miro hacia el frente y allí

estaba Aira:

—Vaya aventura, ¿no?

—¿Qué va a pasar conmigo?

—Tu decisión está tomada desde el principio. Tienes algo nuevo en la bandolera, algo mucho más poderoso. Claro que a estas alturas ya deberías saber que todo tiene un precio.

.Guille miró la bandolera y fue a echarle mano, cuando vio que en ese momento estaba posicionado de tal forma que sólo podía mirar a Aira de reojo.

—Una última cosa, Guillermo. Amo el valor, que nadie te diga lo contrario.

Guille abrió la bandolera y en ese momento ya sí estaba totalmente de espaldas a Aira y de cara el bosque.

Sacó lo que había. También era un cuaderno, pero este tenía la tapa hecha de oro y resplandecía.

Escribió:

“...ENCUENTRAN UN DONANTE PARA MÍ”

Entonces se convirtió en un pájaro, que volaba hacia el bosque, cada vez más rápido...

—Porque ha pasado. Me lo creo porque ha pasado. —Era la voz de su oncólogo. Sonaba jovial y feliz.

Guille pudo imaginar que estaría hablando con otro médico, quizás mayor; podía imaginarse los gestos que de forma natural acompañaban a la voz.

Por el rabillo del ojo, vio a un médico mayor pasar de largo y se asustó un poco.

Entonces abrió los ojos del todo.

—Guille, Guille, mi niño... —Era su madre, que, llorando, no sabía si mirar a su hijo o al cielo—. Ya ha pasado. Todo.

»Ah. Tu donante. Insistió mucho en que tuvieras esto. —La madre le pasó un libro.

Guille lo observó. Era una recopilación de los cuentos de Grimm. Vio la dedicatoria, “Disfruta de tu regalo”. De un modo parecido, pudo saber que esa letra correspondía a una mujer, quizá mayor, y que con toda probabilidad había aprendido a leer y escribir en su edad adulta.

Entonces lo comprendió: a lo máximo que podía aspirar era a contar lo mismo con otras palabras.

.Epílogo

Había bajado al patio a recoger unas impresiones para la academia. Me iba a encontrar con Pedro en el portal para ello. De camino, en su banco, estaban la pequeña Ángela y su abuela.

Yo estaba sentado a la derecha, la niña en el medio y su abuela a la izquierda. Como de costumbre, nos había metido en una conversación poco usual:

—¿Lo entiendes, Ángela? Esa es la diferencia entre ficción e Historia. La ficción es la creación de un autor. La Historia es lo que pasa en realidad.

—Pero entonces, ¿la televisión?

—Guiones. Escritos por personas. ¿Tú crees que todo está escrito?

—Yo diría que sí.

—Siguiente pregunta: ¿Escrito por quién?

Ella no dejó de sonreír risueña y despierta en ningún momento del diálogo.

—También te diría, que escribas. Escribe ahora que aún eres niña. Escribe un diario, escribe cuentos. Pero escribe. Cuando hayas crecido y lo leas te podrás sorprender...

»¿Tú crees que la magia existe?

—Claro que no, ¡qué tontería!

—Sin embargo, yo creo que hay cosas parecidas, como escribir, ¿no crees?

—¿Y eso por qué, a ver?

—Piénsalo. Tú existes. Yo existo. Ese día hablamos. Sin embargo esta parte de la conversación nunca tuvo lugar, ¿no?